

Para encontrar modelos excelentes en casi todos los géneros de composicion, necesitamos recurrir á algunos de los antiguos : y si queremos ideas mas exactas y completas en algunas partes de la filosofía , las hallaremos principalmente en los modernos. En la poesia épica, por ejemplo, no tenemos hasta el dia quien pueda compararse con Homero, y Virgilio. No encontramos tampoco oradores semejantes á Demóstenes y Ciceron. En cuanto á la historia , á pesar de algunos defectos por lo tocante á los planes , no hallamos una narracion tan elegante , tan pintoresca, tan animada, ni tan interesante , como las de Heródoto, Jenofonte, Tucídides, T. Livio, Salustio y Tácito. El modo de conducir un drama ha podido mejorarse alguna cosa : mas por lo que hace á la poesia , y al sentimiento, no tenemos quien iguale á Sófoeles, y Eurípides ; ni en la comedia un diálogo de la sencillez correcta , elegante y graciosa , del de Terencio. En vano buscamos elegias amorosas , como las de Tibulo , ni pastorales como las de Teócrito ; ni quien en la lirica pueda compararse con Horacio.

Pero no se ha de confundir el profundo respeto , que merecen los clásicos antiguos con el desprecio de todo lo moderno, y con aquella ciega veneracion de todas las obras escritas en griego y en latin ; que es lo que hacen los pedantes.

He hecho solo unos apuntes, bastantes á mi entender para la corta capacidad de los jóvenes. Si estos apetecieren mayor ilustracion , pueden recurrir á la *lección xxxi. ya citada.*

CAPITULO XXI.

Historia. Su unidad.

LA division mas concisa de los diferentes géneros de composicion es, que unos están escritos en prosa y otros en verso. Como sujetos á distintas reglas piden ser examinados con separacion : y habiendo ya tratado de la elocuencia , ó discursos públicos de todas clases, pasaré al exámen de las obras históricas y filosóficas, las cartas, los romances , y novelas ; dejando para despues la poesia , y examinando de paso el caracter de los escritores que han sobresalido mas en prosa ó en verso, tanto antiguos como modernos.

Trataré primero, y con alguna estension, de la historia á causa de su dignidad.

Así como la obligacion del orador es persuadir ; la del historiador es recordar la verdad para instruccion de los hombres. Como este es el fin principal de la historia , las calidades esenciales del historiador deben ser la imparcialidad , la fidelidad , y la exactitud. No debe ser ni panegirista , ni satirico : antes contemplando á sangre fria los acontecimientos pasados, y el carácter de los hombres, debe presentar á los lectores una copia fiel de la naturaleza humana.

En el plan del historiador no deben entrar todos los hechos ; sino aquellos solos, de cuya aplicacion al estado presente podemos sacar alguna utilidad. Deben ser de consi-

guiente importantes, presentarse encadenados con sus causas, é indicarse sus efectos. La historia se inventó para suplir la falta de experiencia; y por consiguiente no debe ser una fábula, compuesta con el designio de agradar, y que hable solo á la imaginacion. La gravedad y dignidad son sus caracteres esenciales, y la deslucen los adornos frívolos, la brillantez del estilo, las sutilezas del ingenio, los equívocos y las agudezas. Estos caracteres no son incompatibles con una narracion adornada y animada; siempre que el adorno y la elegancia se hermanen bien con su dignidad; y no parezca que se han buscado de propósito.

Bajo el nombre de historia se comprenden, como especies subalternas, los anales, las memorias, y las vidas, sobre las cuales se harán algunas reflexiones, despues que se haya considerado quanto pertenece á la verdadera historia.

Esta es de dos especies; ó contiene la historia entera de alguna nacion, con todas las revoluciones que ha sufrido, como la historia romana de T. Livio; ó la historia de algun suceso particular, ó de alguna época mémorable, como la historia de la guerra del Peloponeso por Tucídides, las de las guerras Catilinaria y Jugurtina por Salustio, la de la guerra contra los moriscos de Granada por don Diego Hurtado de Mendoza, de la expedicion de catalanes y aragoneses de don Francisco de Moncada, y de los Paisabajos por don Carlos Coloma.

En unas y otras el cuidado del historiador ha de ser dar á la obra la unidad posible; de

suerte, que todas las partes esten ligadas entre sí por algun principio; y hagan en el ánimo la impresion de una sola cosa, y toda entera. Estudiemos la historia por diversion, ó para instruirnos; lo conseguiremos mejor, cuando tengamos á la vista el plan del historiador; y cuando haya un punto céntrico á que referir los varios hechos que nos recuerda.

Aunque con dificultad se puede conservar la unidad en las historias generales; un escritor hábil sabrá conservarla en parte: porque aunque el todo tomado en general sea en sí muy complejo; las principales partes que lo constituyen, forman otros tantos todosubalternos, cuando se consideran con separacion: y cada una de ellas puede tratarse ó como completa en sí misma, ó como ligada con la que la precede ó la sigue. El principio de toda la conducta de los romanos fué la estension gradual de sus conquistas, y el logro del imperio universal. Esto dió á T. Livio un asunto feliz para la unidad historica. El que tuvo mas exacta idea de esta calidad fué Polibio; como la prueba la razon, que él mismo da de su plan al principio del *lib. III.*

Los que escriben la historia de un acontecimiento particular, como se limitan á cierta época, tienen tan grandes ventajas para conservar la unidad histórica, que si faltan á ella son inexcusables. Las historias citadas de Salustio; la ciropedia y la retirada de los diez mil, de Jenofonte, son modelos de historias particulares en esta parte. Tucídides, aunque escritor de grande mérito, la

quebrantó muchas veces en su historia de la guerra del Peloponeso. Entre los modernos tenemos al presidente Thuano; quien, por querer hacer muy universal la historia de su tiempo, incurrió en el mismo defecto de abrumar al lector con una infinidad de hechos inconexos, llevándolo á un mismo tiempo, y como Tucídides, á diferentes partes del mundo. Véase la lección XXXI.

CAPITULO XXII.

Requisitos en el historiador.

PARA conseguir los fines de la historia, es preciso que el autor cuide mucho de señalar la conexión íntima, que los hechos referidos tienen entre sí, y con sus causas. Para esto son necesarias dos cosas: 1.º un conocimiento profundo de la naturaleza humana: 2.º una instrucción mas que mediana en la política y en la ciencia del gobierno. Lo 1.º es indispensable para discurrir con acierto sobre la conducta de los personajes, y dar cabal idea de su carácter: y lo 2.º para presentar las revoluciones del gobierno, y el influjo de las causas políticas en los negocios públicos.

Los conocimientos en política eran mas limitados en los tiempos antiguos que en los nuestros: porque habia ménos comunicacion entre los estados vecinos, y de consiguiente ménos conocimiento de sus negocios: carecian de las ventajas de los correos: y tampoco tenian embajadores de residencia pere-

ne en cortes distantes. No se habia estudiado toda la estension del influjo del gobierno, y de las causas políticas, tanto como en nuestros tiempos; en que la mayor esperiencia de todos los gobiernos ha dado á los hombres mayor inteligencia en los negocios.

Por esto sucede, que los historiadores antiguos, esponiendo los hechos con gran claridad y elegancia, no nos dan muchas veces idea esacta de las causas que los motivaron. Por los historiadores griegos apenas podemos formar idea de la fuerza, la riqueza y las rentas de los diversos países de la Grecia, de las causas de algunas revoluciones, de sus relaciones particulares, y de sus intereses comunes. T. Livio tuvo la mejor ocasion para estenderse en la esplicacion de las causas políticas, relativas á los principios de la grandeza de Roma, y de las ventajas ó defectos de su gobierno: y con todo, es corta la instrucción que nos da en esta parte. Escribiendo Salustio la historia de una conspiracion, parece que debió componer una obra enteramente política: sin embargo vemos, que puso mayor cuidado en la elegancia de la narracion, y en la pintura de los caracteres, que en manifestar las causas secretas de aquella.

Pero no á todos los antiguos les faltaron estos conocimientos: pues ningunos pueden ser mas instructivos en esta parte, que Tucídides, Polibio y Tácito.

Tampoco ha de cortar el historiador á cada paso el hilo de la historia para hacer reflexiones y observaciones. Basta, que sepa

colocar á los lectores en un sitio eminente; desde el cual puedan divisar todas las causas de los acaecimientos que refiere. Hay ocasiones en que es lícito al historiador entrar en discusiones de algun momento; examinar puntos dudosos que sean de algun interes; y hacer observaciones sobre algun acaecimiento que haya influido mucho en los diversos estados, por los cuales ha pasado el género humano: pero aun en estas debe poner mucho esmero en no fastidiar á los lectores, reproduciendo muy á menudo tales discusiones. Si tiene que hacer observaciones sobre el hombre en general, ó sobre algunos particulares, hará mas efecto introduciéndolas con maña en la narracion, que dándolas como reflexiones sueltas. Véase en la leccion xxxii. las que el autor señala en Tácito.

CAPITULO XXIII.

Calidades de la narracion historica.

LA 1.^a calidad de la narracion histórica es la claridad, el orden y la conexión. Para esto el historiador debe ver bajo un punto de vista toda la materia, y comprender la cadena de todas sus partes. De este modo acertará á poner cada cosa en su lugar: nos conducirá con suavidad por la serie de los negocios: y podrá darnos la satisfaccion de ver como se deriban los sucesos unos de otros.

2.^a Debe resplandecer siempre la gravedad

en la narracion: porque la historia es una de las composiciones mas nobles. El estilo no ha de ser vulgar, ni las frases desuadas y bajas; ni ménos ha de haber en él afectacion de agudeza ó de ingenio.

3.^a Debe ser interesante. Para esto son necesarias dos cosas: lo 1.^o un justo medio entre una atropellada narracion de los hechos, y una individualidad prolija; pues lo uno confunde al lector, y lo otro le cansa: y lo 2.^o un discernimiento exacto de las circunstancias relativas á los sucesos, que se ha propuesto referir; pues los hechos generales hacen en el ánimo una impresion débil; y solamente valiéndose de circunstancias y particularidades escogidas con propiedad, hará el historiador interesante la narracion; la dará vida, cuerpo y colorido; y nos pondrá en estado de mirar los sucesos, como si los tuviéramos á la vista. Véase la leccion xxxii.

CAPITULO XXIV.

Historiadores antiguos.

Los historiadores antiguos sobresalieron por las calidades espresadas en el capítulo anterior; y en especial por la última.

Herodoto es siempre agradable; y refiere todo con aquella gracia y sencillez, que siempre interesa al lector.

Aunque el estilo de Tucídides sea mas áspero y duro; manifiesta en los pasages célebres el mayor nervio y fuerza para la descripcion.

La ciropedia de Jenofonte, y su *Anabasis* ó la retirada de los diez mil, son en extremo admirables por la eleccion de las circunstancias, y la facilidad y el interes de la narracion: pero su continuacion de la historia de Tucídides es inferior á esta.

El talento grande de Salustio para la descripcion histórica se ve en la guerra de Catilina, y aun mas en la de Jugurta: aunque su estilo es en demasia estudiado.

Nadie ha llevado ventajas á T. Livio en el arte de la narracion; como se puede ver en su descripcion de la derrota del ejército romano por los samnitas en las horcas caudinas.

La descripcion que hace Cesar de la consternacion de su campamento, por los rumores que corrieron entre las tropas, de la ferocidad, la talla, y el valor de los germanos; es un ejemplo de pintura histórica, ejecutada de una manera sencilla, y que presenta al mismo tiempo una escena animada.

Tácito es otro autor sobresaliente en la pintura histórica; aunque algo diferente en su manera de la de T. Livio. Escoge una ó dos circunstancias notables: y las presenta luego bajo de un punto de vista interesante, y por lo general nuevo y singular. Tal es la pintura de Roma, y del emperador Galba, cuando Oton se levantó contra aquel. En toda su obra muestra una mano maestra. Profundo en las reflexiones, es tambien fuerte en las descripciones, y patético en los pensamientos. Es filósofo, poeta, historiador. Pero no es, con todo, el dechado me-

por para escribir la historia: porque es demasiado agudo en las reflexiones, demasiado conciso en el estilo, á veces conceptuoso, afectado, abrufo, y obscuro: y parece que la historia exige una manera mas franca y natural.

Los antiguos hicieron uso en la historia de un adorno que han abandonado los modernos: hablo de las arengas, que en ocasiones de importancia ponian en boca de algunos de los principales personajes. Tucídides introdujo este método. Pero por muy bellas que sean las arengas, puede disputarse si son propias en la historia: y yo me inclino á creer que no cuadran bien en ella; porque hacen una mezcla violenta de la ficcion con la verdad, y son una especie de licencia poética que no viene bien con la gravedad de la historia. En fin, no hay mas razon para poner arengas en la historia, que la que habria para poner composiciones poéticas en boca de algunos personajes mencionados en ella, y conocidos por su talento poético. Lo mejor y mas natural es comunicar el historiador en ocasiones señaladas, y en su propio nombre, los sentimientos y razonamientos de dichos personajes; lo cual puede hacer sin tomarse licencias, ni usar de ficcion.

El bosquejo de los caracteres es uno de los mas espléndidos y al mismo tiempo de los mas difíciles adornos de la composicion histórica: y el escritor, que quiera caracterizar de una manera instructiva, ha de ser sencillo en el estilo; y no contentándose con dar unas pinceladas generales, ha de descen-

der á aquellas particularidades, que denotan un carácter con sus facciones mas fuertes y distintivas. Los griegos hacen algunas veces elogios : pero raras veces bosquejan unos caracteres cabales y conocidos. Los que mas se esmeraron en esta parte son Salustio y Tácito.

En la historia debe reinar siempre la sana moral ; como que se escribe para la instruccion. Sin dar lecciones de moral ha de manifestar siempre el historiador respeto á la virtud, é indignacion contra los vicios. Nos interesan mucho los hechos, cuando su narracion despierta nuestra simpatía ; y nos hace interesar en la suerte de los actores : y jamas producirá estos efectos un escritor árido, y que no posea buenos sentimientos. *Véase para mayor esplicacion de las calidades de los historiadores antiguos la tccion XXXII.*

CAPITULO XXV.

Historiadores modernos.

ITALIANOS. El pais de Europa en que con mas lustre ha brillado la historia en los últimos tiempos, es sin disputa la Italia. Los italianos se han distinguido siempre por agudos, penetrantes y reflexivos : se han señalado por su sagacidad y política : y fueron los primeros, que se aplicaron á las artes del gusto, y de la literatura. Maquiavelo, Guicciardini, Bentiboglio y Dávila tomaron á los antiguos por modelos en la manera de

hacer las narraciones : y algunos como Bentiboglio y Guicciardini introdujeron á imitacion de ellos arengas. Acaso podrá decirse, que escedieron á los mismos en la profundidad y claridad de sus miras políticas. Con todo, se notan en cada uno de ellos algunas imperfecciones. Maquiabelo, en su historia de Florencia, no es tan interesante como debia aguardarse de sus talentos y conocimientos ; y entró en pormenores muy prolijos de los partidos de aquella ciudad. Al sensible y profundo Guicciardini se le tacha su nimia detencion en los negocios de la Toscana. Bentiboglio, en su escelente historia de las guerras de Flandes, se acerca á una manera florida y pomposa. Dávila, uno de los autores que mas agradan en sus relaciones, tiene visiblemente el defecto de uniformar mucho los caracteres, y de representarlos como guiados con demasiada regularidad por intereses políticos. Sin embargo de esto merecen todos cuatro ser tenidos por los primeros historiadores modernos.

Franceses. Muchos de los modernos historiadores franceses son animados, vivos, y agradables ; y algunos no les falta profundidad y penetracion ; pero no pueden igualarse á los italianos mencionados.

Ingleses. En tiempos hizo la Escocia alguna figura con el celebrado Bucanan, escritor elegante, clásico en la latinidad, y agradable en la narracion y en las descripciones. Pero atendió este mas á la elegancia, que á la esactitud. Jamas pensó en el sistema feudal ; y como este fue la base de

la constitucion escocesa, sus miras politicas son por precision inesactas é imperfectas. Cuando pasa á los hechos de su tiempo, ademas de tomar un estilo áspero, se le conoce muy preocupado del espíritu de partido. Clarendon, aunque se declara abiertamente por un partido, refiere los hechos con una ingenuidad inesperada, y conserva en toda la obra dignidad de historiador. Burnet es vivo y claro: pero apénas tiene otra calidad histórica. Su estilo es desaliñado y familiar: los caracteres en general son ligeros, y satíricos; y la mezcla de historietas relativas á su persona le hace pasar mas bien por un escritor de memorias, que por historiador. Los historiadores ingleses por largo tiempo fueron solo pesados compiladores; hasta que Hume y Gibbon han dado á su pais grande reputacion en esta parte.

Espanoles. De estos puede tambien decirse, que apenas han sido otra cosa que compiladores indigestos. La mitad de la historia de Florian de Ocampo podria titularse España fabulosa; y la otra parte es historia de Cártago y Roma y no de España. Su gran mérito está en haber fijado exactamente la geografia de la España antigua con la moderna. Su estilo es claro, ligero, sencillo, pero algo desaliñado. Su continuador Ambrosio de Morales al llegar á la época del cristianismo, en lugar de la historia de España, solo da la de los santos de ella; pero llena de cuentos agenos de la gravedad de la historia. Al leer la historia de Mariana se ve, que compuso su obra sin formar de antemano un plan: pues

leida y releida muchas veces no se consigue saber la historia de España, y aun ménos sus usos, costumbres, y leyes. De tanto conato como puso en el estilo resultaron algunos defectos y grandes bellezas, pero á veces intempestivas. Se conoce que tenia hechos á prevencion varios rasgos de moral y de política. En las descripciones se advierte demasiada uniformidad: y no hablo de su afectacion en el uso de los arcaismos, porque apénas hay ya nadie que no la reconozca. Don Diego Hurtado de Mendoza fue el primero de todos nuestros historiadores, que en la guerra de Granada acerto á escoger un asunto propio para su ingenio y sus conocimientos, é interesante por sus circunstancias. Ninguno ha manifestado mas profundidad y penetracion que él: ni ha sabido unir tan bien con la narracion las máximas de una sábia política. Pocos han economizado tanto la mania de lucir su elocuencia en arengas: y sobre todo ninguno manifestó en igual grado su amor imperturbable á la verdad. El único lunar, y no pequeño, de la historia de Mendoza está en el estilo. Por afectar concision, acumuló en un periodo cosas que pedian muchos: dejó caer las copulativas: y usó con demasiada frecuencia de modos de decir verbales, resultando desunido y áspero el lenguaje. En fin por negligencia, ó por el poco tiempo que medió entre la reduccion total de los moriscos á fines de 1570, y la muerte de Mendoza en 1574, dejó su historia sin haber hecho á mi parecer uso alguno de la lima; y llena de paréntesis, repeticiones y

descripciones hechas en tiempos, que en lugar de dar desahogo al lector lo embarazan cortándole el hilo de los sucesos. Bartolomé Leonardo de Argensola, en la historia de la conquista de las islas Molucas, es por lo comun inverosímil en los razonamientos, y muy pintoresco y galano en las descripciones, dando su estilo á la obra mas aire de novela que de historia. En la espedicion de catalanes y aragoneses contra turcos y griegos de don Francisco de Moncada se ve un escritor que corre al igual de los acaecimientos. Su estilo mas unido que el de Mendoza sería uno de los mejores para la historia, castigado de las repeticiones y cacofonias que lo deslucen. Mas por la vivacidad de sus descripciones, gravedad en las sentencias y ninguna afectacion, merece que se le cuente entre los primeros historiadores nacionales. En las guerras de los Países bajos de don Carlos Coloma no se advierten aquellos rasgos que penetran hasta el corazon; y aun en las reflexiones se observa falta de naturalidad para introducir las causas que Mendoza: pero refiere con sencillez y con imparcialidad de juez hechos, en que se halló interesad como parte. Solis en su historia de la conquista, poblacion y progresos de la América septentrional, cuenta las hazañas de Hernan Cortés, mas como panegirista que como historiador: y en su manera muestrapasion á lo maravilloso. Vivió en un tiempo, en que se habia perdido el amor á la bella naturalidad; y por lo tanto se hallan en su

obra muchos pensamientos ó falsos ó triviales, ó bajos ó poéticos. Tengo por inverosímiles casi todos los razonamientos, que pone en boca de Cortés y de los Caciques. Es mas natural y ménos agudo en los indirectos; y reconociendo la superioridad de Solis sobre cuantos cultivaron la lengua castellana en aquellos tiempos desgraciados, y aun su mayor correccion que toca ya en refinamiento; no puede ocultarse, que sus periodos, sin esceder los limites de una justa medida, la tienen á veces muy simétrica, señaladamente al concluir los capitulos. En fin Solis es inferior á Mendoza, y aun á Moncada, en penetracion y profundidad, y en el arte de escribir la historia. *Véase la misma leccion.*

CAPITULO XXVI.

Anales, memorias y vidas.

Los anales significan comunamente una coleccion de hechos, dispuesta por orden cronológico; y que sirve de materiales para la historia. De consiguiente todo lo que se pide á un analista es que sea fácil, claro y completo.

Las memorias denotan una composicion, en que el autor refiere solamente los hechos que él mismo ha llegado á saber, ó en que se halla personalmente interesado; ó que ponen á las claras la conducta de algun personaje, ó las circunstancias de la accion



que toma por asunto. Lo que principalmente se requiere de este escritor es que sea animado é interesante; que dé noticias curiosas, y útiles; y que informe de algunas particularidades dignas de saberse. Son notables en este género las del duque de Sully. Aquellas pueden dar mucha instruccion y mucho conocimiento de la naturaleza humana : y estas tienen la especial ventaja de caracterizar hermosamente dos de los mas ilustres personajes de su tiempo ; el mismo Sully , uno de los mas hábiles y mas incorruptos ministros , y Enrique IV uno de los mayores y mas amables príncipes de los tiempos modernos.

La biografía, y las vidas son composicion ménos grave y formal que la historia ; pero no ménos instructiva acaso para el mayor número de los lectores : como que presentan la oportunidad de ver al descubierto los caracteres de los hombres grandes con sus virtudes y sus defectos ; y los hacen conocer mas estensa é intimamente que la historia. Un biografo , como se estiende á darnos á conocer la vida privada del héroe , puede descender á circunstancias menudas é incidentes familiares : y para conocer su verdadero carácter sacamos mucha luz de las ocurrencias familiares, y al parecer triviales de la vida privada ; en la cual todos suelen obrar sin disfraz, y á impulsos de su genio. En esta especie de composicion tiene no poco mérito Plutarco ; debiéndosele á él en gran parte el conocimiento que tenemos de varios de los mayores hombres de la antigüedad. Es notable ademas Plutarco por

haber sido uno de los escritores mas humanos de la antigüedad ; por deslumbrarse ménos que muchos de ellos con las proezas inspiradas por el valor y la ambicion ; y por complacerse en presentar á los hombres grandes en el mas delicado y delicioso punto de vista de su retiro y vida privada. Véase la leccion ya referida.

CAPITULO XXVII.

Mejora de la historia.

DE algun tiempo á esta parte ha comenzado á haber muchisima mejora en la composicion histórica , poniendo los escritores atencion mas particular que ántes á las leyes , costumbres , comercio , religion , literatura y demas artículos , que contribuyen á dar idea del espíritu , y genio de las naciones. Y seguramente el que desentraña el estado y la vida de los hombres , y pone en claro los progresos del entendimiento humano , es mas útil é interesante ; que el que solo da una razon individual de sitios y de batallas. Véase la leccion xxxii ya citada.

CAPITULO XXVIII.

Escritores filósofos.

EL objeto del filósofo es instruir, como el saber es el objeto de los que estudian. Pero no logrará probablemente instruir, el que

no procure empeñar la atención del que estudia, interesándole en el asunto por la manera de presentarlo. Todo escritor filosófico debe pues procurar la mayor claridad posible, igualmente que mucha exactitud y precisión. No debe emplear palabras vagas, ó de significado incierto; y para no variar de modo alguno la idea, ha de huir de toda palabra en la apariencia sinónima.

Pero un escritor, aunque claro y preciso, puede ser árido: y para evitar esto debe hermopear algo la composición. Uno de los adornos mas útiles y agradables de que puede valerse el filósofo, son las ilustraciones tomadas de los hechos y de los caracteres de los hombres; que admite naturalmente todo asunto moral ó político; que diversificando la composición alivian el ánimo de la fatiga del raciocinio y que convencen mas que los razonamientos.

Estos escritos á mas de un estilo claro, pulcro y elegante, admiten metáforas, comparaciones y demas figuras templadas de la elocuencia; y que lisongeando á la fantasía dan á las sentencias mayor claridad y fuerza. Pero estos adornos han de ser modestos: y mas bien se perdonaria á un filósofo errarlo por una desnuda sencillez, que por unos adornos hinchados ó floridos.

Los tratados filosóficos de Platon y de Ciceron están escritos con muchisima elegancia. La afectacion de estilo es una de las censuras, que de mucho tiempo á esta parte se han hecho con justicia á Séneca. Es muy apasionado de cierta brillantez re-

lumbrante, de antitesis, y de agudezas. Los escritos del ingles Shaftsbury presentan la filosofía vestida de todos los adornos que la cuadran, y acaso con algun esceso. Véase la leccion xxxiii.

CAPITULO XXIX.

Diálogos.

Los escritos filosóficos se acercan á las obras de gusto, cuando se escriben en diálogo, y llevan el tono de la conversacion.

El diálogo puede escribirse de dos maneras: ó como conversacion seguida en que solo aparecen los interlocutores, como lo hizo Platon: ó como relacion de una conversacion de que da cuenta el autor; lo que generalmente hizo Ciceron. Aunque con alguna diferencia en la forma, la naturaleza de la composición es sin embargo idéntica en el fondo, y sujeta á las mismas leyes.

En cualquiera de estas dos formas es de mas difícil ejecucion el diálogo de lo que comunmente se imagina. Es necesario, que las diferentes personas, en su natural y animada conversacion, muestren su carácter y maneras peculiares, como si hablaran en realidad. Pero la mayor parte de los escritores modernos no tienen idea de esto: y en quitando á sus diálogos las fórmulas exteriores de conversacion, son lo mismo que si ellos hablasen en persona propia por todo el discurso de la obra.

Entre los antiguos sobresale Platon por la belleza de sus diálogos. La escena y las circunstancias de muchos de ellos están pintadas con frescura. Los caracteres de los sofistas con quienes disputó Socrates, estan bien dibujados. Pero puede reprendérsele la escensiva lozania de su imaginacion; que obscurece á veces su juicio, y le arastra frecuentemente á esplicarse en alegorias, ficciones, é ideas hijas del entusiasmo; y lo eleva á las regiones aéreas de una teologia misteriosa.

Los diálogos de Ciceron no son tan animados y característicos como los de Platon. Pero algunos, y en especial el de *Oratore*, son agradables; y están bien sostenidos.

El autor del diálogo de *causis corruptæ eloquentiæ*, que anda entre las obras de Quintiliano; y á veces entre las de Tácito, imitó felizmente, y sobrepujó acaso á Ciceron en esta manera de escribir.

Luciano es un dialogista de mucho mérito: aunque los asuntos pocas veces le dan título, para que se le coloque entre los escritores filosóficos. Es el modelo cabal de un diálogo ligero y festivo; especialmente en los de los dioses y los de los muertos, sazonados con una sátira chistosa.

En esta idea de diálogos de los muertos han seguido á Luciano algunos modernos. Fontenelle, en particular, dió por este estilo diálogos ingeniosos y agradables: pero en punto de caracteres, cualesquiera que sean los personajes, todos en su pluma son franceses. En la lengua inglesa se distinguió el doctor Enrique Moore en sus diálo-

gos sobre los fundamentos de la religion natural: y los del obispo Berkley, sobre la existencia de la materia, aunque no descubren los caracteres de los interlocutores, son un ejemplo del modo de hacer claro un asunto abstracto por una conversacion bien seguida. Véase la leccion xxxiii.

CAPITULO XXX.

Cartas.

EL escrito epistolar ocupa un lugar medio entre las composiciones serias y las entretenidas: y es de indefinida estension; porque no hay asunto, sobre el cual no se puedan comunicar al público los pensamientos en forma de carta.

Mas no basta la forma para colocar á los escritos en la clase de composicion epistolar. Esta composicion es de distinta especie cuando es de una clase fácil y familiar, y una conversacion por escrito entre dos amigos distantes uno de otro. Bien manejada puede ser muy agradable; y será tanto mas apreciable, cuanto mas importante sea el asunto. Si las cartas estan escritas de una manera animada, y con soltura y gracia, pueden ser entretenidas; en especial si en ellas encontramos algo que nos interese en los caracteres.

En todo comercio se ocultan mas ó menos los hombres; pero como las cartas de un amigo á otro son lo que mas se acerca á la conversacion; es de esperar que se des-